

EDICIÓN
AMPLIADA

La dignidad del otro

Puentes entre la biología
y la biografía

PACO MAGLIO



libros del
Zorzal

La dignidad del otro

PACO MAGLIO

La dignidad del otro

Puentes entre la biología y la
biografía



libros del
Zorzal

Maglio, Francisco

La dignidad del otro : edición actualizada : puentes entre la biología y la biografía . - 2a ed. - Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2011.

224 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-599-192-7

1. Medicina. 2. Salud. 3. Ética. I. Título.
CDD 174.957

Imagen de tapa: Mariano T. Rodríguez Ribas

© Libros del Zorzal, 2011
Buenos Aires, Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a:
<info@delzorzal.com.ar>

Asimismo, puede consultar nuestra página:
<www.delzorzal.com>

Índice

Carta al lector desprevenido	11
¿Por qué discriminamos?.....	15
El sida como enfermedad social	23
¿Adicciones?	35
La mujer discriminada <i>en y por</i> la medicina	41
De pechos, pechitos y pechugonas.....	47
Aborto y fertilización asistida.....	53
La medicina, la vida y la muerte: una mirada antropológica.....	59
La <i>tekné</i> y el <i>medeos</i> frente a la muerte.....	69
¿Cómo dar bien las malas noticias? El arte de comunicar	73
¿Qué es la terapia intensiva?.....	79
Apostillas sobre la vejez y la ancianidad	83
De Osiris al transplante: una puerta a la inmortalidad	85
Bioética: ¿necesidad o moda?	93
Ética y justicia en la distribución de recursos	105
Medicina basada en la evidencia y Medicina basada en la narrativa: un (des)encuentro	115
Cultura y magia en el uso de antibióticos	121
Bioética social para América Latina	131
Interculturalidad en la Atención Primaria de la Salud (APS) con Participación Comunitaria (PC).....	139
Crisis del modelo hegemónico actual La alternativa antropológica.....	147

El mito de Asclepio y la omnipotencia médica.....	153
Hospital: ¿servicio o control?	159
Medicina, sexo y poder.....	163
Los pacientes me enseñan.....	169
Al final	201
Brindis	205
Bibliografía citada.....	209

A mi familia.
A mis amigos.
A mis maestros.

Yo no soy el otro pero necesito al otro para ser yo.
EMMANUEL LÉVINAS

Carta al lector desprevenido

Estimado lector:

Me llamo Francisco Maglio, pero todos me dicen Paco: es la diferencia entre la identidad legal y la social. Me quedo con la segunda, que es la que figura en la tapa de este libro.

Nací el 24 de abril de 1935 en Buenos Aires, en el barrio de San Cristóbal, a dos cuadras del límite con Boedo, barrio al que me mudé hace más de treinta años.

Junto a mis abuelos, mis padres y mi hermana tuve una infancia feliz y una mejor adolescencia. Ahora mis hijos son mi orgullo y mis nietos, hermosos regalos. Adelita, mi mujer, es mi todo, es mi yo. Además, como dice el tango: “La vida me dio en oro un montón de amigos”. Por eso, gracias a mi familia, gracias a mis maestros, gracias a mis amigos, en fin, gracias a Dios.

¿Qué más se puede pedir? Cuando uno no tiene más que pedir es porque tiene que dar, y precisamente ese es el motivo de este libro: dar, aunque sea en parte, todo lo que la vida me dio.

Si bien soy médico, este no es un libro de medicina, aunque algo de medicina tiene. Para explicar esto, permítanme que les cuente algo de mi vida. Decía el Principito, con su habitual sabiduría, que “lo esencial es invisible a los ojos”. Pues bien, después de estar treinta y cinco años mirando la medicina con ojos de biólogo –lo que en sí mismo no está mal porque es necesario–, sentía que me faltaba lo esencial, lo invisible.

En medicina en general y en salud en particular, lo esencial está en lo social, y con esto me refiero a lo histórico, a lo ideológico, a lo político, a lo económico y a lo cultural. Porque las cosas en la vida pasan por algo y también por algo nos enfermamos y nos cu-

ramos, no son casualidades. Como decía Borges, todo encuentro casual es una cita.

Es así que en 1990 dejé la medicina asistencial –medida que fue calurosamente recibida por mis pacientes– y concurrí a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en búsqueda de otros marcos teóricos y metodológicos que me permitieran reflexionar de manera crítica sobre lo vivido todos esos años y seguir, así, con la realidad médica actual. Ese lugar lo encontré en el Departamento de Antropología Médica, donde me abrieron otros ojos, para que “lo esencial se haga visible”. En este punto, quiero hacer público mi reconocimiento y gratitud al ponderable esfuerzo –con una infinita paciencia– de los que fueron y siguen siendo mis profesores de Antropología Médica, orientándome en este camino que me propuse después de cuarenta años de médico. Por eso, desde aquí, gracias, Mabel Grimberg, gracias, Susana Margulies, gracias, Ana María Domínguez Mon, y gracias especialmente a vos, Santiago Wallace, que desde el cielo –dónde, si no, vas a estar–, me seguís guiando. También a mi amiga Victoria Barreda –la entrañable “Vicky”–, que aunque no lo sepa me enseña antropología en forma “peripatética” en nuestras periódicas reuniones del Comité de Bioética del Hospital Muñiz.

Comenzó entonces otra etapa de mi vida, no sólo médica. En la primera, que podría llamar “biomédica”, me dediqué tanto a lo asistencial como a la docencia e investigación. Publiqué como autor y coautor más de cien trabajos “científicos”, y lo entrecomillo porque ahora, a la distancia, confieso que la mayoría me avergüenza, no porque sean de mala calidad en lo técnico, sino justamente por eso: por ser con exclusividad técnicos.

En esta segunda etapa de mi vida, que llamo “esencialmente social”, las cosas son distintas. Sin despreciar lo técnico incorporo todo lo aprendido en la reflexión como búsqueda del sentido, parafraseando a Victor Frankl. También lo aprendido de mis compañeros de la Sociedad Argentina de Medicina Antropológica, fun-

dada por mi amigo y maestro, el Dr. Marcos Meeroff –quien por desgracia ya no está entre nosotros, al menos físicamente–, que impulsa una medicina que contempla al paciente en forma holística, como un ser humano sómato-psico-social.

Fruto de esta etapa nace este libro donde reúno y amplío mis trabajos de los últimos años, dos de ellos en colaboración con mi exquisita amiga, la Lic. María Isabel del Valle.

Aquí me encuentro entonces, en el campo “La Catita”, en 9 de Julio (Provincia de Buenos Aires), donde con generosidad me han recibido mis entrañables amigos Ricardo y Laura, regalándome la paz y las estrellas para que, con una luminosa y nocturna tranquilidad, pueda escribir este libro.

Escribo con una birome de tres colores –mi última adquisición tecnológica–, con Adelita y Laura ayudándome en la computadora, y de esta manera les ofrezco las siguientes líneas en las que hay conceptos que, si bien se repiten, también se unen y son justificados por su solidez ideológica.

Una mención especial con mi más reconocido agradecimiento para mis amigos Daniel Flichentrei, por su permanente y generoso apoyo, y para Carlos Rodríguez y Leopoldo Kulesz, que con su dedicación y profesionalismo posibilitaron la impresión y edición de este libro, amén de sus sabias sugerencias.

Mi intención fue que el texto llegara al lector con la frescura de las imperfecciones del lenguaje coloquial. Por esto, tal vez, me he negado a la inclusión de un prólogo: como opinaba Borges, un prólogo debe ser un “brindis” más que una crítica y prefiero que sea usted, lector, quien sin ningún condicionamiento, después de haber leído este libro, decida si quiere brindar o criticar. En caso de que se decida por lo primero, avíseme.

Si a pesar de todo lo explicado aún tiene el valor de seguir leyendo, adelante, pero no diga que no le advertí.

Hasta luego, nos encontramos en el final.

¿Por qué discriminamos?

¡Triste época la nuestra! Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.

ALBERT EINSTEIN

Podría argumentarse, en una lectura un tanto superficial, que discriminar es “natural”. Con nuestra ambigua naturaleza humana, en su dicotomía malo-bueno, por una parte se discrimina y por la otra se es solidario. Pero si esto fuera así, en todas las culturas habría discriminación; sin embargo, en muchas de ellas, tanto actuales como pasadas, es justamente la solidaridad el valor más reconocido y practicado. Valgan como ejemplo significativo las culturas americanas precolombinas (y algunas actuales como la mapuche y la toba), donde se destaca el trabajo comunitario en beneficio de viudas, huérfanos y desvalidos (Pagés Larraya, 1998). También podría argumentarse que discriminamos por falta de información, y puede ser verdad, pero hasta cierto punto, ya que en ocasiones esa información puede ser usada precisamente como legitimación. Un prejuicioso, luego de un curso de psicología del prejuicio, saldrá igual de prejuicioso pero, ahora, con fundamento. Consideremos, en cambio, que la discriminación es una construcción social; esto es, representaciones y prácticas sociales articuladas de manera hegemónica entre sectores de poder y sectores subalternos, con sentidos de orden moral: normatividad social, disciplinamiento y estigmatización (Grimberg, 1995). Desde esas *redes de poder* –en el sentido de Foucault (1991)– se construye la

figura social del discriminado: el adicto, el homosexual, el pobre, la prostituta, el sidoso, el villero; en fin, todos aquellos que “huelen mal” para una sociedad que más que occidental y cristiana pareciera estar gobernada por un triunvirato pagano conformado por Pluto, dios de la riqueza, Apolo, dios de la juventud y la belleza, y Mercurio, dios de los ladrones. De esta manera, los pobres, los feos y los honestos están fuera del sistema. En esta sociedad excluyente, las diferencias se construyen en desigualdades, en vez de construirse en convivencia en una sociedad incluyente. Ahora bien, ¿dónde se originan estas redes de poder en la actualidad? Según Negri y Hardt (2000), vivimos dominados por un “imperio” supranacional que no tiene fronteras; es globalizado y globalizante, principalmente financiero (500 billones de dólares sin ingresar a circuitos productivos), pero que impacta en lo social, regulando, estructurando y gobernando las relaciones humanas. Su objetivo final es el control de la vida social en su totalidad: el *biopoder*. Aquella profecía del *Big Brother* (Gran hermano) de George Orwell en su obra *1984* está por cumplirse.

El análisis histórico demuestra que los grandes imperios han caído no tanto porque las fuerzas revolucionarias poseyeran mayor poder de armas –de hecho, tenían mucho menos–, sino porque estaban impregnadas de una mística de la que las fuerzas imperiales carecían: la solidaridad. Dan buena cuenta de ello Masada en el Imperio Romano, la Revolución Francesa, la bolchevique, la revolución pacífica de Mahatma Gandhi que hizo retroceder al Imperio Británico, la batalla de Ayacucho, que consolidó la independencia americana, en la que las tropas realistas al mando del Virrey de la Serna triplicaban en soldados y cañones a las revolucionarias de Sucre, que al final vencieron a pesar de su gran inferioridad bélica.

Este nuevo imperio al que hacíamos referencia, perfecto conocedor de estos antecedentes históricos que hicieron de la so-

lidad la fisura destotalizadora de los poderes hegemónicos, aplica una nueva estrategia: naturalizar la discriminación como opuesto social a la solidaridad. Cuando algo se naturaliza no se lo problematiza, no se lo cuestiona; en definitiva, no se lo critica, entonces es natural que discriminemos y es también natural que no seamos solidarios. Para efectivizar esa estrategia el imperio “construye” culturas discriminatorias, culturas en el sentido de Harris (1985): formas de sentir, de pensar y de actuar socialmente interiorizadas por los miembros de una comunidad.

Analicemos ahora estas culturas discriminatorias.

Cultura de la indiferenciación

Siguiendo a Baudrillard (2001), asistimos al *pánico amoral de la indiferenciación*. *Pánico*: inmovilización; *amoral*: fuera de la moral; indiferenciación: ausencia de límites. Ahora resulta que “está todo bien” y cuando nos convencemos de ello, el mal ha triunfado, nos ha convencido de su inexistencia. Esta cultura ya la trovaba el genial Discepolín en su inmortal *Cambalache*: “No hay valores ni dobleces, da lo mismo ser derecho que traidor”. Esto nos lleva a una doble pérdida: la de los lazos sociales y la de los valores, entendiendo como tales a todo aquello por lo cual la vida merece ser vivida y, es más, merece ser ofrendada. Ya advertía Durkheim (1973) que la principal causa de suicidio no es la miseria económica (que la hay) sino una alarmante miseria moral, que una mala traducción del alemán *wert-loss* (pérdida de valores) convirtió en *anomia* (pérdida de normas). Normas y leyes sobran, faltan convicciones íntimas (valores) que se trasladen a los lazos sociales. Al materializarse el triunfo del mal convenciéndonos de su inexistencia, asistimos a un ultrarrelativismo que lleva a justificar, a naturalizar injusticias, desigualdades insoportables y los más viles atropellos a la dignidad humana.

Los torturadores de ayer son ahora ciudadanos inimputables o indultados y, como afirma Savater (1993), el primer paso de la ética es no actuar de cualquier modo, dada la convicción de que no todo es igual. Esta cultura de la indiferenciación produce (construye) una persona autista social.

Cultura de la inmediatez

Todo tiene que ser conseguido “ya” (“llame ya”, dice el comercial de la televisión), perdiéndose la cultura del deseo, la cultura de la ilusión y, como sin ilusión no hay pasión, la fosilización se hace inevitable. Por el contrario, en la cultura del deseo y la ilusión el zorro le pedía al Principito: “Si vas a venir a las cinco, avísame, así a las cuatro empiezo a ser feliz”.

En la cultura del videoclip (otro claro ejemplo de esta cultura de la inmediatez), la rapidez en la sucesión de las imágenes no da tiempo para pensar, para reflexionar sobre ninguna de ellas. El exceso de imágenes y de información atenta contra la sabiduría porque no da tiempo ni espacio para la creatividad: no es más sabio el que sabe más sino el que crea con lo que ya sabe, e incluso con aquello que no sabe. Corremos el riesgo de convertirnos en expertos en múltiples banalidades. Bien acierta Paul Virilio (1997) cuando afirma que estamos “encerrados en la cárcel planetaria de la inmediatez”. Esta cultura de la inmediatez produce (construye) personas apáticas (sin deseo) y a-reflexivas, es decir, sin creatividad, y en consecuencia, sin posibilidad de pensamiento crítico.

Cultura de la soledad

Describe el etnólogo Marc Augé (1994) que hoy pululan los *no-lugares* que, en contraposición con los *lugares*, son espacios donde no hay historia, no hay relación personal en el sentido social del término; habrá muchedumbre pero no hay re-uniión. Se

trata de una imposibilidad de re-conocernos: es la soledad de Malreaux (1933), nos encontramos solos en la multitud (1933). Así se practica, de modo paradójico, el ejercicio social de la soledad en los locales de juegos en red, en donde encontramos casilleros separados para cada persona, en las discotecas, en los *shoppings* y en tantos otros lugares. Las plazas están vacías de chicos. ¿Por qué? Porque en ellas hay juegos que, como tales, necesitan ser compartidos; en cambio, en los locales de juegos en red hay computadoras personales. En las discotecas, grupos de chicas y muchachos bailan por separado; a su vez, el grado de decibeles impide una real comunicación: están solos aunque se ilusionen creyendo que están juntos. Los *shoppings*, como los define Umberto Eco (1986), son la “estrategia de la ilusión”: todo está al alcance de todos, pero en realidad sólo lo pueden adquirir unos pocos privilegiados. Peor aún, son los no-lugares, que eliminan cualquier posibilidad de solidaridad: si alguien está tendido en el suelo vienen “los de seguridad”: de necesitado pasa a ser peligroso. Asistimos ahora a otro no-lugar: Internet. Asumamos que es el avance tecnológico más importante del último siglo, pero advirtamos también que, en términos de comunicación, es una ficción, ya que sin presencia física no hay relación humana en el sentido social del término. El *chateo* es un nuevo ejercicio de soledad, ya que estamos de verdad juntos cuando podemos mirarnos, tocarnos, pelearnos y reconciliarnos en un abrazo.

Para el mencionado imperio, temeroso de la solidaridad, la mejor forma de que la gente no la practique es “producir” –construir– personas solitarias y, en consecuencia, no solidarias. Así, el gran peligro del no-lugar es pasar al *no-yo*, porque la única forma de construir la *yoidad* es a través de la *otredad*. Yo no soy el otro pero necesito al otro para ser yo, en las sabias palabras de Levinas (Aubrol, 1990).

Cultura del consumismo

Séneca –en los tiempos en que la economía era una rama de la ética–, advertía que quien gasta más en lo superfluo termina vendiendo lo necesario. Epicuro, por su parte, recomendaba a sus discípulos que antes de comprar algo pensarán más bien en las ventajas de no tenerlo (Chomsky, 1984).

Hoy, en cambio, la consigna pareciera ser: hay que tener la mayor cantidad de cosas, en el menor tiempo posible y a cualquier costo. De allí podríamos definir al consumismo como “consumo por el consumo mismo”. En esta concepción, se consume a expensas de los demás; pero en esta “anomia”, ¿a quién le importa? Así llegamos a la situación actual, en la que el 20% de la población mundial consume el 80% de los recursos disponibles, y en la que las 245 personas más ricas del mundo tienen los mismos ingresos que las tres mil millones más pobres. ¿Es esto natural?

Esta cultura del consumismo produce –construye– personas egoístas con un individualismo exacerbado, sin límites ni ética. No nos extrañemos, entonces, si surgen posibles choques entre unos pocos consumidores insaciables y muchos espectadores hambrientos.

¿Cómo des-discriminar? Estrategias de solidaridad

Apelando una vez más a la metáfora militar tan cara a la formación médica, nos preguntamos: ¿cómo combatir la discriminación? Con el arma más letal: la solidaridad. Con cuidado, asumiéndola, más allá de los voluntarismos individuales –loables y necesarios, por cierto–, como estrategia política en los programas de gobierno y como vigilancia epistemológica en el discurso científico y académico –y por qué no en el del sentido común?–, preguntando y preguntándonos: ¿qué querés decir con “sidoso”?

¿Qué querés decir con “judío”? ¿Qué querés decir con “cabecita negra”?

Podemos forjar nuestra cotidianidad como una militancia de la solidaridad, sin despreciar la pequeñez de los mínimos actos, ya que su sumatoria puede y podrá cambiar las estructuras de injusticia. Una sola estrella, aun la más pequeña, convierte una noche cerrada en un cielo. La Marsellesa se escribió en una noche, cuando los Sans Coulotte avanzaban sobre París, pero la Revolución Francesa se forjó sumando doscientos años de pequeños –grandes– pensamientos del Iluminismo.

Con la renovada esperanza de que aun debajo de la baldosa más ruin podemos asistir al milagro de un yuyito que nace, “en la invencible convicción de redes solidarias que entretejen innumerables corazones”, dejamos que nos guíe el inmortal mensaje de José Martí (1954):

Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca
y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo
ni cardos ni ortigas cultivo
cultivo una rosa blanca.

O si prefieren, más cercana a nosotros, esa solidaridad descarada pero entrañable de Discépolo en *Confesión*: “Fue a conciencia pura que perdí tu amor, nada más que por salvarte”.